

La cultura y la libertad en la familia

Por Oliveros F. OTERO

1. APROXIMACION AL CONCEPTO DE CULTURA

Me he referido, en otras ocasiones, a la familia como **ámbito de promoción de la cultura**. Es un aspecto de la institución familiar en el que no solemos insistir.

Deberíamos empezar por la aventura arriesgada de definir la palabra **cultura**. Por su misma etimología, suele compararse a la acción de cultivar la tierra. Así, se pone de relieve el aspecto dinámico de la realidad cultural. No alude a un almacenamiento pasivo de conocimientos, «sino, al contrario, a una idea de asimilación activa de todo aquello que desarrolla estas cualidades del espíritu que son el sentido crítico, el ansia de verdad, el deseo de bien» (1). Luego, implica la participación vital del sujeto; crece en profundidad, no en extensión; se refiere a la densidad, no a la superficie del saber (2). Desarrolla cualidades del espíritu mediante el saber.

En cuanto **cultivo**, es tierra humana trabajada. Y se refiere al **saber**, sin agotarse en él; más bien, es el resultado de **saber y vivir**. No es un vivir sin saber, pero tampoco es un saber sin consecuencias operativas en la vida del que sabe (3). Supone llegar a saber, pero también requiere, mediante ese saber, aprender a vivir. Es decir, un vivir saturado de sabiduría; un mejor vivir. No es un mejor vivir en el sentido materialista, en cierto modo de uso corriente, sino un mejor vivir que implica **ser más, ser mejor**.

Cultura es algo más que herencia cultural, aunque también es herencia. Es una adquisición espiritual que hay que transmitir, pero no es sólo cosa realizada. Es, por ejemplo, un conjunto de disciplinas escolares, en cuanto éstas son reactivos culturales para la acción educativa, pero es mucho más. Es un combate y es una distinción. Es una producción y es un consumo. Es algo que se deteriora cuando se separa saber y vivir, saber y querer, pensamiento y acción; cuando se limita, por ejemplo, a un pensamiento sin dolor, sin riesgo, sin asumir los conflictos vitales, intentando resolverlos creativamente (4). Y que debe ser restaurada, mediante el **retorno a la persona**, porque la verdadera cultura es personal.

En efecto, a diferencia de las plantas que crecen por la acción de cultivar la tierra, en la tierra humana trabajada lo que crecen son seres libres, es decir, personas. Y en este caso, el «agricultor» sólo es ayudante —aunque también artista—; el protagonismo —aunque precario— corresponde al ser humano que se cultiva.

El **agricultor**, en la cultura, se llama **educador** —padre, profesor, amigo, artista, sabio,

(1) Herve PASQUA: «Una cultura para Europa» en **Nuestro Tiempo**, n.º 294, Pamplona, Dic-1978, pág. 6.

(2) Cfr. Gustave THIBON: «Instrucción y cultura» en **Nuestro Tiempo**, n.º 255-256, Pamplona, set-oct. 1975.

(3) Por eso, cuanto más sabe una persona, si se limita a saber, más inculto es.

(4) Cfr. Denis de ROUGEMONT: **Pensar con las manos**. EMESA, Madrid, 1977, pág. 43-53 y 241-248.

escritor, etc.—. Utilizo aquí la palabra **educador** en un sentido muy amplio. Son personas que ejercen una acción catalizadora en nuestro **crecer en ser** por relación personal directa o a través de su propia biografía o de sus obras —libros, composiciones musicales, obras pictóricas, escultóricas, arquitectónicas, etc.—; personas que viven —cerca o lejos— o que vivieron en esta tierra —hace pocos o muchos años—. De modo que los productos culturales —las obras de arte, en muy amplio sentido son vehículos de comunicación de personas —lejanas o próximas en el tiempo o en la geografía—, con las que mantenemos una relación cultural, porque están influyendo en nuestra mejora personal —sin una intencionalidad concreta por su parte, ya que ni nos conocen—.

¿Y la tierra humana? Es la naturaleza humana. «La idea de una naturaleza humana orientada a su término, es decir, a su perfección, encabeza el concepto de cultura» (5). Luego, si nos equivocamos respecto a qué es el hombre, ¿hay cultura? (6). Por lo menos, no podría hablarse estrictamente de cultura **humana** (si el hombre **es**, independientemente de como yo lo **piense**).

La acción y el proceso de cultivo, ¿no viene a confundirse con la acción y el proceso educativos? De la educación se dice que es «la humanización del hombre» (Millán Puelles). De la cultura, que «es el florecimiento de aquello que es propiamente humano» (7). O que es «el modo de vida potencialmente más humano» (Pierre Emmanuel).

En el ser humano vienen a coincidir **cultivo y formación**. «La **tierra** humana, cultivada por la razón y formada por las virtudes intelectuales y morales, se afirma como una cierta intensidad espiritual, indicio de su superioridad sobre lo animal. Este orden de la naturaleza espiritual se asegura por la libertad, que tiene su raíz en la razón. Gracias a la libertad de elección, el hombre revela esta parte de su ser que le constituye como persona» (8).

¿Qué es, pues, la cultura? No se puede considerar la cultura como un producto de la sociedad de consumo ni como un instrumento de las ideologías. Esos serían **sucedáneos culturales**. ¿Y no es justamente lo que se introduce en los hogares, con mucha frecuencia, a través de la televisión, de la mayor parte de las revistas, etc.?

Los medios informativos habítúan «a millones de lectores al relato aproximado de los hechos, de las cosas o de las ideas» (9), en el mejor de los casos. Es decir, no ofrecen verdadera cultura —con alguna excepción, como es lógico—, sino «subproductos **standarizados** de la cultura de consumo».

En algunos medios informativos la degradación de los horizontes culturales alcanza niveles alarmantes, aunque inadvertidos en muchas familias. «A nadie se le oculta que existe una prensa y unos programas radiofónicos o televisivos que no merecen otra denominación que la comprendida en la palabra alemana aplicada a la subliteratura: **schund**, que originariamente significó escoria, desperdicio, residuo inútil y hasta dañoso (...). Los temas escritos o expresados en imágenes más explotados por el **Schund** son la violencia, el crimen y la sexualidad exagerada o antinatural. En muchos casos, estos tres temas se combinan adecuadamente» (10).

Luego, promover la cultura vendría a ser, en primer lugar, redescubrirla o reconquistarla. Reconquistar una cultura «que sea estrictamente saber, **sabiduría**, o lo que es lo mismo, (...) que ponga de manifiesto la verdad del hombre, la verdad de lo real o, si se quiere, la verdad del ser» (11). Es decir, una cultura **verdadera**.

Puede ayudar a comprender este difícilísimo tema de la cultura hacer notar la presencia de tres factores o de tres «órdenes de actividades específicamente diversas»: 1) el

(5) Hervé PASQUA: Loc. cit., pág. 9.

(6) Porque vendría a ser como el cultivo de un fantasma.

(7) Ibidem.

(8) Ibidem, pág. 10.

(9) Denis de ROUGEMONT: Ob. cit. pág. 103.

(10) Luka BRAJNOVIC: «Periodismo: entre la presunción y la esperanza» (Lección inaugural) en **Apertura de Curso 1976-77**, Universidad de Navarra, págs. 64-66.

(11) J. CHOZA: **La supresión del pudor**. EUNSA, Pamplona, 1980, pág. 147.

del **hacer**, cuyo producto específico es la **técnica**; 2) el del **obrar**, cuyo producto específico es la **norma**; 3) el del **saber**, sin producto específico (12). Luego, en la cultura coinciden técnica, ética y sabiduría.

Cuando hablamos de cultura, normalmente nos referimos al tercer factor —el saber—. En cambio, en algunos sectores, la cultura se reduce a **cultura técnica**. Pero no basta **hacer**; también hay que saber **contemplar**. «El hombre de hoy siente mucho la necesidad de no limitarse a las meras preocupaciones materiales, e integrar, en cambio, su propia cultura técnica con superiores y desintoxicantes aportaciones procedentes del mundo del espíritu» (13).

Hay una exigencia de unidad «en el hombre: exigencia de unidad del saber y el vivir» (14). Y esta misma exigencia se da respecto a la unidad en la cultura. Esta unidad requiere una **medida común** de pensamiento y acción, que está en los **finés**. Si nos olvidamos de los fines, se produce una disociación entre los tres mencionados factores de la cultura, o entre los distintos saberes o entre cultura y naturaleza.

Por ello, un hombre culto no se satisface con el **sector** de saber que cultiva, sino que se preocupa de la unidad de los saberes y del sentido del saber. «La acumulación del saber no sería más que una manía posesiva, si tal saber no tuviera un sentido. Y no sólo un sentido operativo, una utilización, sino un sentido espiritual» (15).

2. CULTURA Y SUCEDANEOS EN LA FAMILIA

Después de haber intentado una aproximación al concepto de cultura, deberíamos preguntarnos: ¿en qué consiste la promoción de la cultura en y desde el ámbito familiar?

Hemos considerado, sobre todo, el aspecto dinámico, subjetivo, de la cultura, que viene a coincidir con la educación, siendo, como esta, **personal**. La familia es insustituible en lo que más se relaciona con la persona. Luego, en cuanto a la cultura subjetiva, es un ámbito —sin duda, el primero— de promoción cultural.

Más también debe ser considerada la cultura en su aspecto objetivo, referente al patrimonio cultural heredado de nuestros mayores —las obras, los productos culturales—. En este sentido, es algo hecho que recibimos y que transmitimos. Si recurrimos, una vez más, a la etimología de cultura, eso que recibimos —si es un verdadero patrimonio cultural— equivale al fruto maduro recogido para volverlo a sembrar.

Como en la agricultura, es muy importante comprobar que lo sembrado sea verdaderamente bueno, porque de la semilla depende el nuevo fruto —además de lo que influye una acertada acción de cultivo—. En este sentido, «una cultura se juzga siempre desde el punto de vista de la verdad y de la bondad» (16). Pienso que también desde la belleza —el «siempre olvidado **pulchrum**»—, que no debe desligarse nunca de la verdad y de la bondad.

En la familia, esta labor de transmisión de verdadera cultura está muy relacionada con una de sus funciones: conservar los valores o bienes del espíritu.

Por otra parte, las familias corren el peligro, actualmente, de ser muy influidas por los **sucedáneos culturales**, antes referidos, que constituyen un grave condicionamiento ambiental para la educación de la libertad.

Luego, lo primero que debe ser evitado, en la promoción de la cultura, es el sucedáneo

(12) Cfr. Ibidem, pág. 148-157.

(13) Juan Pablo II: «Homilía» (20-VII-1980), en **Documentos Palabra**, de la revista PALABRA, n.º 182, Madrid, octubre 1980, pág. 283.

(14) J. CHOZA: Ob. cit. pág. 153.

(15) Pierre EMMANUEL: **Pour une politique de la culture**. Edit. du Seuil, París, 1971, pág. 105. «De hecho —dice el mismo autor—, las palabras clave de la cultura no son educación, conocimientos, diversión, sino contemplación, silencio, alegría. Las tres primeras corresponden a actividades, las tres últimas designan estados del alma» (pág. 79). Claro está, no obstante, que la educación necesita de la contemplación, del silencio y de la alegría. Pero esta es otra cuestión.

(16) Hervé PASQUA: Loc. cit., pág. 9.

cultural en cualquiera de sus manifestaciones. No hacerlo en el ámbito familiar, significaría olvidarse de la función educativa de la familia en relación con cada uno de sus miembros.

Ello requiere estar atentos a cualquier posible **vehículo** de **cultura** o de **sucedáneos**: libros de consulta, libros de texto, libros de lectura, revistas, radio, televisión, cine, teatro, vecinos, amigos, diversiones, etc.

Hay diversos modos de comprobar si estamos ante un vehículo de cultura o de sucedáneo cultural, siempre que sepamos distinguir entre cultura y sucedáneos. Esta distinción es básica para la educación de los hijos; para la elección de colaboradores en la acción educativa; para contribuir al surgimiento de una verdadera **civilización**, «aquella que consiste no sólo en el dominio de las cosas mediante la técnica, sino en el despliegue de los espíritus y de las almas mediante la sabiduría» (17).

A partir de esta distinción, el modo de promover cultura en cada familia será diferente, en cuanto se destacan más —o de modo diverso— los apoyos instructivos o los apoyos de otros valores espirituales de la cultura. Piénsese, por ejemplo, en una selecta biblioteca familiar; en las posibilidades de educación de la sensibilidad mediante audiciones musicales, en el hogar; en el gusto en la decoración de la casa, etc.

En el aspecto intelectual de la promoción de cultura sólo se requiere que los padres sepan leer para crear, con su ejemplo, un clima de lectura; para suscitar en sus hijos inquietudes culturales; para fomentar su gusto por la lectura, leyéndoles algo sugerente, justamente interrumpido en un momento de gran interés; para incluir en las conversaciones familiares discretas referencias culturales, etc.

¿Y en otros aspectos? Es una cuestión compleja, diversa en cada situación familiar, porque de distintos modos se puede despertar, en cada hogar, interés por la poesía, por la música, etc.

No es posible sugerir procedimientos concretos, pero nadie duda de las posibilidades del teatro leído, de las visitas a museos —debidamente preparadas—, del contacto con los clásicos de la música, con los grandes poetas, etc.

Las instituciones culturales —especialmente, los centros educativos— pueden contribuir a la sensibilización cultural de las nuevas generaciones, pero el primer centro de sensibilización cultural, en su más amplio sentido, es la familia.

Por eso, los orientadores familiares pueden prestar una gran ayuda en la reconquista de la cultura —referida al **ser**, no al **tener**—, preparando el terreno familiar y sembrando inquietudes culturales relacionadas con los valores éticos, intelectuales y estéticos.

Un objetivo a lograr: que nadie se contente con una cultura de periódico. Porque lo cierto es que mucha gente, hoy, «no se alimenta más que de periódicos. Es decir, que se ve formada por una doctrina que pretende no formar nada, y que por esta razón, precisamente, deforma» (18).

En general, promover cultura desde la familia es cuestión de fondo y de forma. Por una parte, ganar en sensibilidad —y fomentarla en otros— para la producción intelectual y estética que permite captar —en el silencio de una lectura o de la contemplación artística, etc.— la verdad, el bien y la belleza. Por otra parte, ganar en distinción de formas, evitando a toda costa la vulgaridad, porque «más pronto o más tarde, la vulgaridad de los modales hace vulgar el corazón» (19). Se vulgarizan las formas, cuando se prescinde de la belleza.

Promover cultura es fomentar el cultivo del mundo cognoscitivo y del mundo afectivo, en el fondo y en la forma. Por ejemplo, cultivar el pensamiento y su expresión, sin excesos ni defectos. El exceso —tan propio de otras épocas— ocultaba el pensamiento. El

(17) G. THIBON: «Instrucción y cultura», pág. 22.

(18) Denis de ROUGEMONT: Ob. cit., pág. 225.

(19) A. PIETRE: *Carta a los revolucionarios bien pensantes*. Ed. Rialp, Madrid, 1977, pág. 12.

defecto —tan típico de esta civilización— equivale a inexpresividad. «La gran desgracia de muchos jóvenes de hoy es que —faltos de una enseñanza digna de este nombre— no se saben expresar» (20). Gerard Antoine se refiere a «la tragedia anticultural de la época», y añade: «fabricamos una **civilización de impedidos**».

3. CRECER EN LIBERTAD Y SER CULTO

Promover cultura ¿es lo mismo que promover educación o fomentar el crecimiento de la libertad humana?

En la cultura y en la educación coincide el cultivo de los valores éticos, intelectuales y estéticos, es decir, la captación del bien, la verdad y la belleza. La cultura, en su faceta subjetiva, coincide con la educación. Coinciden en cuanto proceso personal de **cultivo** o de **mejora**. No, en cambio, en sus resultados. La educación como resultado se agota en cada ser humano. La cultura como resultado es un monumento artístico, una escultura, una sinfonía, una obra de teatro, un poema, una novela, un ensayo filosófico, una fuente, unos jardines, una biografía, etc. Es decir, un material diverso, susceptible de contemplación o de estudio, que nos pone en contacto con otras personas y con su obra artística, científica, filosófica, etc.

De modo que la cultura, en su faceta objetiva, como producción artística, científica, técnica, filosófica, teológica, amplía nuestras posibilidades de mejora al incrementar la cantidad y la calidad de nuestros posibles educadores.

Y promover cultura es, desde esta perspectiva, abrir caminos nuevos al hombre y motivarle y capacitarle para recorrerlos. Pero la libertad, originariamente, como vimos, «indica algo así como la condición de espacio abierto, con aptitud para ser recorrido» (21). Hay, pues, una estrecha relación entre cultura y libertad.

Por una parte, la libertad es el **fundamento natural de la cultura**. «Si hay una naturaleza del hombre en tanto que animal y en tanto que racional, los tres factores de la cultura son **naturales**: saber, obrar y hacer son el trayecto del hombre hacia la culminación de su propia naturaleza, y son tendencias naturales abiertas indefinidamente, es decir, radicadas en la libertad» (22).

Por otra parte, la cultura, al abrir caminos, le permite al ser humano crecer en libertad. Por la educación el hombre puede introducirse en el mundo de la cultura —en su faceta objetiva—, y cuando aprende a moverse en ese mundo su libertad crece.

Piénsese, por ejemplo, en el valor de la biografía, como estímulo del saber, obrar y hacer de otros, especialmente para los adolescentes.

Piénsese, por ejemplo, en el valor educativo del arte, que «consiste en que en los contenidos de la experiencia sensible, accesible a todos, nos abre la mirada para los contenidos espirituales e ideales» (Ph. Lersch). Luego es posible aprovechar el arte para el arte de educar —para ayudar a crecer en libertad—.

Saber moverse en el mundo de la cultura —cuyos primeros productos son el **lenguaje** y la **sociedad**—, requiere una cierta capacidad crítica. Se abusa de esa capacidad cuando en lugar de aprovechar el pensamiento de otros como elemento suscitador de pensamientos más profundos sobre una cuestión importante, se gastan todas las energías en el **aparato crítico** frente a ese pensamiento ajeno. Se usa correctamente esa capacidad crítica cuando sirve para discernir; para no fascinarse; para guardar distancias; para

(20) Ibidem, pág. 69. En realidad, deben añadirse a los posibles fallos de la enseñanza los efectos del subjetivismo.

(21) Leonardo POLO: «La libertad». Entrevista en PALABRA, n.º 99, nov.-1973, pág. 7.

(22) Jacinto CHOZA: Ob. cit., pág. 155.

aprovechar sólo lo verdadero y lo bueno, dentro de lo bello; para saber «decir no, cuando algo es contrario a la verdad, al bien o a la belleza» (23).

Esta capacidad crítica —unida a una mentalidad **abierto** y a una actitud de **servicio**— es una característica del hombre culto; gracias a ella es posible una verdadera asimilación activa de lo verdadero, de lo bueno, de lo bello.

La cultura, ¿es formadora o deformadora del hombre? Cuando lenguaje y sociedad han sido manipulados, es importante esta capacidad crítica para discernir entre culturas formadoras y culturas deformadoras. Estas últimas arrancan del hombre de hoy que «se ha vaciado de Dios y ha perdido la certeza, se ha transformado en una invitación vibrante al caos (...). Ha hecho de sí mismo una vida aparentemente sin límites, una vida que él se imagina libre y que es una prisión» (24). En realidad, es una cultura en que el hombre niega sus límites —renuncia a vivir como ser creado— y se limita a soñar con «una especie de paraíso del futuro, lleno de fáciles promesas de tipo técnico». Pero «protegido por las realizaciones científicas (...) no por esto el hombre de la técnica es más feliz que antes. Por el contrario, está más sometido al pánico de la incertidumbre» (25). Es una cultura caída «en el reino de la cantidad». Es una cultura técnica, es decir, reducida. Y, por ello, deformadora.

La cultura formadora —la de los bienes del espíritu y de la calidad— es la **inactual**, «hecha de verdaderas inactualidades, de actualidades escondidas» (26), que no parecen destinadas a un presente de **mass media**. Cuando la cultura se basa en su fundamento natural —la libertad—, no puede reducirse a cultura técnica. Desde esta cultura reduccionista la sociedad del futuro sería una sociedad de la deformación, como, a su modo, denuncian Huxley con su hombre instrumento, Orwell, con su hombre condenado a no poder amar, Jünger, con su hombre sin caballo, destrozado por los instrumentos de la civilización técnica, etc. «O todos los hombres de todas las novelas de ciencia ficción, monstruos condenados a vivir en una sociedad universal o interplanetaria, donde todos los valores humanos han desaparecido» (27).

Una cultura, universalizada por la técnica, que transforma los logros espirituales en logros técnicos, se caracteriza, sobre todo, por «un divorcio, cada vez más acentuado entre el hombre y la verdad, también entre el hombre y la Naturaleza» (28). En cuanto la educación acierta a establecer puentes entre el hombre y la verdad, el hombre y la Naturaleza, lo cultural y lo natural, es un camino para restaurar o reconquistar la cultura, centrada en la persona, y no en los progresos técnicos.

En esta restauración coinciden educación, libertad y cultura. La educación, como camino; la libertad, como fundamento; la cultura, como producto y como realimentación. Por la educación la libertad crece y la cultura no se disocia de lo natural. Pero la tarea es larga, para que se encuentre un lugar donde la verdad pueda manifestarse —lo que hacían, en otro tiempo, literatos y artistas—; para que la historia de nuestro tiempo deje de ser la historia de lo feo; para que el hombre se exprese en vez de gritar; para que la virtud deje de ser subversiva; para que el sonido y el silencio sustituyan los ruidos y las voces confusas (29).

(23) G. THIBON: «Instrucción y cultura», pág. 22. «El hombre culto —dice el mismo autor— sabe guardar las distancias entre los acontecimientos y la propaganda; recibe y va eliminando de la misma forma que un organismo vivo...» (pág. 21).

(24) Vintila HORIA: **Consideraciones sobre un mundo peor**. Plaza y Janés, Barcelona, 1978, pág. 61.

(25) *Ibidem*, pág. 64.

(26) *Ibidem*, pág. 72.

(27) *Ibidem*, pág. 67.

(28) *Ibidem*, pág. 228.

(29) El ruido, tan propio de nuestra civilización es, «en el orden de los sonidos, el equivalente de lo feo en el orden de las formas y de los colores (...). Amenaza al hombre en sus atributos esenciales: su vida interior y su libertad» (G. Thibon: **El equilibrio y la armonía**. Ed. Rialp, Madrid, 1978, págs. 167-168).